

Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Filosofía

BASES PARA UNA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO PROPOSICIONAL DEL ABSOLUTO EN *APARIENCIA Y REALIDAD*

Informe final de Seminario de grado: Idealismo
Filosófico, para optar al Grado de Licenciado en Filosofía

Alumna:

Javiera Díaz Contreras

Profesor Guía: Enrique Sáez Ramdohr

Semestre de primavera, Santiago de Chile, 2010

Dedicatoria . .	4
AGRADECIMIENTOS . .	5
RESUMEN . .	6
Introducción . .	7
Las pretensiones de verdad de la metafísica . .	8
Las diversas teorías metafísicas y el valor de sus respuestas . .	8
Sustantivo y adjetivo . .	9
La doctrina de las relaciones . .	9
El lugar del pensamiento . .	11
La posibilidad de una teoría del conocimiento . .	13
Escepticismo teórico . .	13
El intento de Descartes . .	14
Verdades absolutas y verdades finitas . .	16
Los diversos aspectos de la experiencia . .	19
El sentimiento . .	19
La voluntad . .	20
El aspecto teórico . .	22
Conclusiones . .	23
El “qué” como única posibilidad de conocimiento finito . .	23
Defensa de una teoría del conocimiento idealista . .	24
Bibliografía . .	27

Dedicatoria

A Gaby y Helena, mis dos angelitos.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer primeramente a mi familia, por permitirme escoger, sin ninguna condición, el curso de mis estudios. A mis padres, Amanda y Tomás por darme libertad y apoyo. A mis hermanos; a Sandra por sus conversaciones y por su interés en lo que hago y a Gabriel por su ternura y amistad. A Gaby y Helena, que siempre están conmigo. Y a mi abuela Marina y su familia, por su cariño y fe en mí.

A mis profesores, que me han enseñado lo que sé. En primer lugar a mi profesor y amigo Ramón Menanteau, quien me mostró cual habría de ser el camino a seguir en filosofía. Inmensa es mi deuda con él. También a los profesores Pedro Peirano, Enrique Sáez, Alejandro Ramírez y Oscar Velásquez.

A mis amigos; a los de siempre y los que esta etapa me ha regalado. A Roberto Onell, por ayudarme y darme ánimos en mis primeros pasos en los estudios que emprendí. Él, como pocos, ha sabido entender mis ausencias y mis silencios. Muy especialmente a Guillermo Díaz, por creer que siempre podía hacer lo que me propusiera y a mi mejor amiga, mi madre, por estar segura de ello y acompañarme a cada momento. A mis amigos de la universidad, principalmente a Natalia Uribe, Matias Tapia, Camilo Pastén, María Olga Gallardo, Emilio Palma, Valeria Soto, José Díaz y María José Villa.

Finalmente el más grande de los agradecimientos para un incondicional compañero. A Diego Loyola, por darme toda la felicidad que me ha hecho seguir adelante. Hemos recorrido juntos un buen trecho. A su familia también, por acogerme tan cariñosamente.

Todos, con su compañía, han contribuido a que mis objetivos vayan llegando a buen puerto.

RESUMEN

El interés de esta investigación radica en dilucidar las posibilidades y límites de una teoría del conocimiento, en miras a la dificultad que presenta el concepto de pensamiento bajo la perspectiva de F. H. Bradley, principalmente en su texto *Apariencia y Realidad*.

Resulta necesario preguntar no sólo por el cómo se conoce - asunto para el que abundan las respuestas en filosofía y en otros ámbitos - ,sino que más importante y prioritario es preguntar si efectivamente es posible un conocimiento del mundo. Lo que aquí defendemos es la posibilidad de un conocimiento mínimo respecto de lo que nuestra experiencia vislumbra como la Realidad o el Absoluto. Esta alternativa - que finalmente es la única y por tanto no es ya alternativa - aunque precaria, se presenta mucho más coherente que aquellas en donde el conocimiento parece ser más abarcante, pero que en último termino resultan insostenibles.

En forma simultánea discutiremos acerca de la doctrina que con más justicia podría hacerse cargo de esta teoría del conocimiento, sin que aquella represente estrictamente el pensamiento del referido autor. Defendemos en la presente investigación que el idealismo filosófico, con ciertas restricciones recogidas del pensamiento de Bradley, podría constituir el camino más seguro hacia una comprensión del carácter general de la Realidad.

Introducción

En un intento por el éxito seguro, se recurre las más de las veces, en toda área del saber, a los autores de más renombre. Este proceder asegura cientos de oídos atentos y solícitos ante las doctrinas de un Aristóteles, un Santo Tomás o un Heidegger. Imposible que el público deje la sala si se está hablando de la "cosa en sí" o de el "ser-ahí".

A riesgo de que los presentes vayan dejando poco a poco los asientos vacíos, hemos preferido rescatar de los rincones del olvido a un autor a quien no se le ha hecho suficiente justicia. Francis Herbert Bradley, el inglés que se fue en contra de la "escuela de la experiencia" - como el mismo la llamaba - no dejó doctrina en pie tras su irrupción. La labor de la metafísica debía encontrar su rumbo y lo que la filosofía ofrecía hasta el momento no satisfacía su criterio teórico.

Pero no sólo nos interesa poner sobre la mesa la polémica, sino que más bien nos mueve la necesidad de sacar lo que de positivo hay en la doctrina de este autor. Encontramos en él una teoría del conocimiento fundada en la crítica estrictamente lógica, por lo que el camino de sus ideas se muestra mucho más despejado que otros donde la lógica es poco menos que ignorada.

El principal objetivo será entonces, reconstruir sus ideas y dar forma inicial a una teoría del conocimiento que se enmarca en nuestras posibilidades como seres finitos más que en lo que el intelecto pretenciosamente quisiera alcanzar.

Finalmente, ya no tan de la mano de Bradley, ponemos las ideas de nuestro autor en contraste con una doctrina que, según creemos, está en el lugar de las máximas aspiraciones posibles para el aspecto teórico de nuestro ser; el idealismo filosófico. Respecto de este punto, nos haremos cargo más bien del contenido general de la doctrina, que de la discusión acerca de si Bradley puede ser o no tildado de idealista británico, hegeliano o neo-hegeliano, aunque habrá también un espacio para esta cuestión.

Esperamos saldar parte de la deuda que la discusión filosófica tiene con este autor, y contribuir, aunque sea en muy pequeña medida, al surgimiento de un interés mayor por quien creemos, ha sido uno de los más importantes filósofos de todos los tiempos. Si en ciertos sectores de la presente investigación la doctrina de Bradley parece nebulosa, rogamos al lector sea justo y acuda a la fuente directa, sin rechazar sin más las ideas que aquí torpemente se han intentado plasmar.

Las pretensiones de verdad de la metafísica

Las diversas teorías metafísicas y el valor de sus respuestas

Muchos han sido los intentos en la historia de la metafísica por dar con una respuesta definitiva a la cuestión del carácter esencial del mundo. Algunos han creído encontrar la solución en el aspecto físico, otros en un substrato mental, y otros en una combinación de ambos. Así, desde el origen de la filosofía hasta nuestro días, se han recorrido infinidad de caminos por los que transitan cientos de personajes con la frente alto, creyendo haber desentrañado el mayor de los misterios.

Estas diversas teorías no tardan en encontrar discípulos, personas que, en su afán de satisfacer la curiosidad, se aferran a la novedad que les presenta el mundo intelectual, y otros tantos que con detenido examen se suman a las ideas ofrecidas por los estudiosos. Pero no sólo ellos contribuyen al enriquecimiento de las teorías; están también los críticos, los incansables hombres que no abandonan la duda tan fácilmente, imponiendo a las doctrinas unas exigencias que puedan darles la fuerza que les faltaba. Pero ¿qué ocurre cuando la doctrina propuesta no sobrevive a la crítica, cuando no hay modificación posible que la vuelva suficiente al intelecto sin transformarla en otra doctrina totalmente distinta de sí? En esos casos aparecen en su lugar otros nuevos pensamientos, o bien revivirán los antiguos. El asunto es de todos los días y ya no resulta tan alarmante que lo que otrora fuera incuestionable aparezca luego como insostenible.

Podemos, sin embargo, imaginar un escenario más drástico, donde no una, sino todas las grandes teorías ofrecidas a la humanidad para explicar el mundo, fracasan en su intento. Valiente sería quien hiciera tal intento, pues a cambio tendría que ofrecer quizás, un poco más que esa gigantesca destrucción. Porque una cosa es decir cuan equivocadas están las ideas de los otros así sin más, y otra muy distinta es tener algo que ofrecer a cambio, para que la crítica tenga mayor sentido, pues

“La labor de la metafísica consiste ciertamente en entender; y si una cosa cualquiera es tal que cuando pensada y no simplemente sentida, se quiebra en nuestras manos, no podemos pronunciar sino un veredicto. O su naturaleza es imposible, o tenemos ideas erróneas sobre ella. El que afirme lo último debe presentarnos entonces las ideas que sean legítimas...”¹

Tal ha sido el proyecto de F. H. Bradley², llevado a cabo en su ensayo *Apariencia y Realidad*. Allí encontramos una crítica fundada en la lógica, a las principales doctrinas metafísicas que han propuesto una respuesta sobre cómo debemos comprender el mundo.

¹ Bradley, F. H., 1961, p. 41.

² Cito aquí la reseña de Wollheim acerca de Bradley, en el libro *La Revolución en Filosofía*: “Francis Herbert Bradley nació en 1846 y murió en 1924. En 1870 fue elegido miembro del Merton College, y la mayor parte de su vida transcurrió en él. Estuvo siempre

En *Apariencia*, el primer libro de este ensayo, Bradley se encarga de mostrar que el mundo entendido bajo cualidades primarias y secundarias, sustantivo y adjetivo, espacio y tiempo, entre otras categorías, se muestra insostenible. Cuando nos detenemos a pensar en lo que subyace a estas teorías, ellas se muestran autocontradictorias, entendiendo este concepto en el sentido que nuestro autor le atribuye; no como la afirmación y negación simultánea de la misma cosa, sino como el intento de unificar diversos. Para comprender el significado de esto último, expondremos en las siguientes dos secciones lo medular de los capítulos 2 y 3 de *Apariencia y Realidad*, acerca de la doctrina de sustantivo y adjetivo y de relaciones y cualidades respectivamente, como ejemplo del trabajo llevado a cabo por Bradley en la parte destructiva de su ensayo.

Sustantivo y adjetivo

En este capítulo del ensayo metafísico de Bradley, aparece un conocido ejemplo para los estudiosos de este autor; el “terrón de azúcar”. Con él se establece la discusión respecto de cómo puede mantenerse la presunta cosa como tal, una vez que el pensamiento a roto su unión original y la ha separado de sus adjetivos. El sujeto, el terrón de azúcar, consta de cualidades, como la blancura, la dureza y la dulzura. En una primera impresión, en el *feeling*³, el terrón de azúcar es uno con sus cualidades, pero en el preciso instante en que reflexionamos sobre ellos, la unidad se pierde. Desde allí en adelante, si el pensamiento intenta declarar que los adjetivos son lo mismo que el sujeto en cuestión, la distinción de uno y otro no tiene sentido, pero si se admite la diferencia ¿con qué criterio puede restablecer el pensamiento la unidad que el mismo ha quebrado?

En este punto, al no encontrar la forma de unir estos aspectos si no es poniéndolos unos junto a los otros (donde no hay ninguna verdadera unidad ideal), la doctrina de sustantivo y adjetivo o, lo que es lo mismo, de sujeto y predicado, se hace insostenible; se ha vuelto autocontradictoria. Aquí queda más claramente establecido, entonces, que Bradley hace un tratamiento de la contradicción como el intento del pensamiento por unificar a los diversos. Y procediendo de tal forma, no hallaremos la verdadera naturaleza de las cosas.

La doctrina de las relaciones

La doctrina anterior plantea la problemática respecto de cómo es posible entender los diversos aspectos de la cosas en unidad con ellas.

La alternativa quizás más segura sería la de poner a todos estos términos en relación. Veamos con que suerte se presentan estas ideas. Seguiremos escolarmente a Bradley en el orden de los asuntos:

enfermo y nunca dio cursos públicos ni clases. Escribió cuatro libros y muchos artículos. Su pensamiento metafísico está contenido en *The Principles of Logic*, que apareció en 1883; en *Appearance and Reality*, de 1893 y en los *Essays on Truth and Reality*, de 1914.” (Wollheim, R. A., 1958, p. 15).

³ Ver sección sobre el sentimiento.

1. Cualidades sin relaciones: Hablar de cualidades, como algo plural, implica que hay una diferencia entre ellas, pues si fueran todas una y la misma cosa, no tendría sentido hablar de “cualidades”. Estaríamos frente a un universo que posee una sola cualidad y entender algo como esto queda fuera del alcance de cualquier teoría. Es así que descartaremos esta posibilidad, para averiguar aquello que sea posible expresar teóricamente.

La cuestión es como unir a las cualidades entre sí y no podemos hacer el intento sin incorporar las relaciones, pues “su pluralidad depende de la relación y, sin ésta, ellas no son distintas. Pero si no son distintas, no son diferentes, y no son, por lo tanto, cualidades.”⁴

Luego, las cualidades sin relaciones son imposibles.

2. Cualidades con relaciones: Si cualidades sin relaciones ha sido descartado, no queda más que ponerlas en relación. Pero ¿de qué forma se encuentran enlazadas unas con otras?, ¿cómo se relacionan entre sí las cualidades y sus relaciones? Si tenemos una cualidad A y otra B en relación R ¿de qué manera une R a A con B? Para contestar esto tendríamos que explicar, en primer lugar, como es que R se une, por ejemplo, con A. En este caso, para relacionar a la cualidad y su relación, deberíamos incorporar una nueva relación, que a su vez, para unirse tanto a A como a la R original, necesitaría de nuevas relaciones y así *ad infinitum*.

Incluso dentro de cada cualidad se suscita el mismo problema, pues si A es distinta de B, es por que hay algo que la hace diferente, supongamos, α . Así, existe dentro de A una diferencia; está conformada ella por α y por aquello que no es α , es decir, $-\alpha$. Pero ¿como se relacionan α y $-\alpha$? Volvemos al mismo problema de las relaciones externas (sujeto y predicado). Las relaciones internas caen en una regresión al infinito y por consiguiente, no logran nunca su objetivo de unificar lo diverso; son ellas también insostenibles en la forma de cualidades con relaciones.

Examinemos ahora, para darle una última oportunidad a esta doctrina, que pasa si enfocamos el asunto a la inversa, no ya desde las cualidades, sino que a partir de las relaciones.

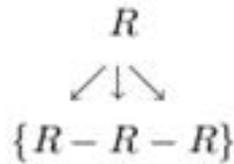
3. Relaciones sin cualidades: Ya desde que leemos algo como esto nuestra mente siente aversión. Pensar siquiera en una posibilidad tal no parece más que “un simple desatino verbal”. Las relaciones no andan por ahí sueltas, sino que siempre son relación de algo, de una cualidad, por lo que postular un sistema de relaciones sin cualidades no tiene ningún sentido y mucho menos puede contribuir a solucionar la cuestión que hemos planteado. Relaciones sin cualidades resulta imposible también.

4. Relaciones con cualidades: Ya vimos que en el esquema A - R - B, procedemos hasta el infinito, descendiendo hacia un panorama que se llena cada vez más de relaciones, hasta nunca acabar. Ensayemos ahora la incorporación de una relación superior, que no aparezca en el interior del esquema, sino que se halle por sobre él, como una R supra-relacional.

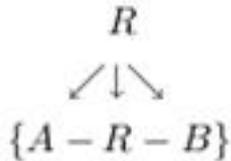
Surgen bajo este nuevo panorama, dos alternativas: lo que esta R superior une (A, R y B) es lo mismo o es diverso. Si lo mismo, la relación no tiene sentido, porque las cualidades A, R y B, deberían ser todas R (como la R supra-relacional) y, por tanto, no habría diferencia y, como ya se señaló más arriba, al no haber diferencias, no hay cualidades a las que relacionar, resultando ser el sistema propuesto una burda reiteración.

En esta primera opción, el esquema quedaría como sigue:

⁴ Bradley, F. H., 1961, p. 16.



Si la alternativa anterior debe ser rechazada, nos queda sólo un camino posible, donde este nuevo elemento, la relación superior, esta por elementos diferentes:



Visto así, la R supra-relacional tiene sentido, pues es relación de elementos diferentes, a los que pretende unificar. Pero el problema suscitado por cualidades con relaciones reaparece, pues ¿cómo se une R, con {A - R - B}? El problema de la unificación de diversos subsiste, pues la R a la cabeza pretende volver uno aquello que el pensamiento ya ha separado y cuando esto ocurre la restitución de la unidad original parece, al menos hasta ahora, imposible. Nos ocuparemos de esto último en el tema que nos convoca a continuación.

El lugar del pensamiento

Hemos escogido plasmar aquí la dinámica de sujeto-predicado y de las relaciones, no sólo porque nos parece que son representativas de todos los demás capítulos de *Apariencia*, sino también porque lo que ellas describen es el proceso con el que el pensamiento capta la realidad en general.

Sujeto y predicado constituyen los elementos del juicio, el que es a su vez la forma en que se presenta el pensamiento. Este último es entonces, necesariamente relacional, es decir, no procede de otra manera si no es intentando unificar diversos. Ésta y no otra es la labor que el pensamiento pretende lograr.

Hasta aquí el pensamiento se muestra totalmente insostenible, y sus pretensiones de comprender el mundo son vanas, sea desde una doctrina o de otra. Finalmente, todas hacen uso del pensamiento, y por tanto, quedan en la misma posición respecto de la realidad, sin importar que sea lo que en particular digan de ella.

En este punto es necesario hacer una breve aclaración. Tanto lo que hasta ahora hemos dicho, como lo que en adelante aparece, corresponde a una crítica y un análisis del aspecto teórico de la vida. Por tanto, las conclusiones alcanzadas se aplican también estrictamente al ámbito intelectual. Nada de lo que dice Bradley ni de lo que aquí está escrito debe ser tomado como un mensaje para el sentido común ni la vida cotidiana. Los elementos que a la luz de la teoría resulten más repudiables, pueden ser de hecho muy útiles en la práctica y no es nuestro afán el remecer ni llamar la atención de las masas (meta que por lo demás, sería bastante pretenciosa). La forma en que vivimos a diario queda

totalmente fuera de nuestra crítica, pues lo que nos interesa es “satisfacer el criterio teórico”. Por ello lo que aquí se dice no pretende ser una exhortación al rechazo del pensamiento en la vida diaria y el conocimiento común. Dicho esto, continuemos con la discusión.

Decíamos entonces que el pensamiento se ha mostrado autocontradictorio, lo que resulta alarmante si del ámbito teórico se trata. ¿Cómo podremos aprehender al mundo si estamos conscientes de que al expresar nuestras ideas estaremos incurriendo en manifiesta contradicción? Si el pensamiento no puede dar cuenta de la realidad, si el significado de ella escapa a lo que podemos conocer, lo que tendríamos finalmente es que no podemos conocer nada. Pues los objetos que el pensamiento describe no se corresponderían con su forma real y, por tanto, no tendríamos conocimiento de como efectivamente son.

Si alguna salida es posible, tendremos que ensayarla por todos los medios, pero si nos quedamos con los resultados precedentes, el escepticismo parece ser la única alternativa honesta en filosofía.

La posibilidad de una teoría del conocimiento

Escepticismo teórico

La filosofía occidental en todas sus etapas, ha estado siempre imbuida del pensamiento clásico. Aristóteles y Platón son el punto de partida de la inmensa mayoría de los filósofos y estudiosos posteriores. Se nos enseña en las escuelas y universidades que la filosofía nació en Grecia y que sus primeras grandes figuras son los arriba mencionados. La mayoría de las corrientes de las que tenemos noticia van por esta línea, sea para seguirlas, sea para criticarlas. Y no conformes con lo que en las aulas se predica, podemos buscar entre el voluminoso material que los estudios han ido fabricando respecto de estos temas.

En la otra cara de la moneda, encontramos una corriente más bien ignorada, que al no gozar de la popularidad de los clásicos, - que bien merecida la tienen - han quedado muchas veces en el olvido. Nos referimos aquí a los escépticos, cuya tradición ha desaparecido varias veces a lo largo de la historia. Su valor nos parece innegable; basta con ver hasta donde llegó Descartes, a quien su escepticismo inicial le habría válido una parte de las admirables conclusiones que encontramos en sus escritos.

Pero así como Descartes, los ejemplos de pensadores que se hayan inspirado de alguna forma en el escepticismo, son pocos. Creemos firmemente que Bradley es uno de ellos⁵. Si bien, como veremos, algunas de sus afirmaciones finales lo dejan fuera del marco de un escepticismo radical, lo que inspira las primeras etapas de su filosofía tiene mucho de escepticismo, entendiendo que a este grupo pertenecen aquellos que, no siendo tan ambiciosos como para querer andar siempre a la caza de todas las respuestas, están más dispuestos a la duda y crítica de lo que se afirmado como cierto, sin llegar a manifestar preferencia por ninguna postura.

El primer libro de *Apariencia y Realidad*, es una destrucción de todo lo establecido en el mundo intelectual, excepto de una cosa; el principio de no contradicción, que permanece como criterio a lo largo de todo el ensayo. La diferencia fundamental que aleja a Bradley de

⁵ Tal es el aire escéptico de Bradley, en *Apariencia y Realidad*, que encontramos en los *Esbozos Pirrónicos* de Sexto Empírico un ejemplo bastante similar al del "terron de azúcar". Expondremos aquí ambas citas, por orden cronológico, para que el lector compruebe por sí mismo que Bradley cuando menos, leyó a los escépticos y les siguió en ciertos asuntos: "Cada una de las cosas sensibles que nos son manifiestas parece ofrecerse bajo diversos aspectos; por ejemplo, la manzana, aparece como lisa, fragante, dulce o amarilla. Pues bien, no está claro si en realidad tiene sólo esas cualidades o si existe una única cualidad que se manifiesta de diversas formas..." (Sexto Empírico, 1993, p. 83). "Un trozo de azúcar es una cosa, y tiene propiedades, adjetivos que lo cualifican. Es blanco, duro y dulce. El trozo de azúcar, decimos, es todo eso; pero lo que realmente signifique es, parece dudoso. Una cosa no es cualquiera de sus cualidades, si tal cualidad se toma por sí misma[...] Ni puede tampoco el azúcar ser todas sus propiedades, consideradas en separación.[...] Pero si, por otra parte, preguntamos qué puede haber en la cosa, además de sus cualidades, una vez más surgirán dificultades." (Bradley, F. H., 1961, p. 9).

un escepticismo radical⁶ es que, a lo largo de el libro *Realidad*, van apareciendo algunas conclusiones que podrán ser afirmadas con seguridad, o algunas con mayor grado de verdad que otras, mientras que para los escépticos - los de los inicios al menos - “ninguna cosa es más: ni más cierta ni más falsa que otras; ni mejor ni peor”⁷, no alcanzando ninguna conclusión definitiva y optando finalmente por la neutralidad respecto de cualquier afirmación, llegando incluso a poner en duda sus propios criterios intelectuales:

“De todas las expresiones escépticas, en efecto, hay que presuponer eso de que en absoluto nos obcecamos en que sean verdaderas, puesto que ya decimos que pueden refutarse por sí mismas al estar incluidas entre aquellas sobre las que se enuncian.”⁸

Pero todo esto se verá más adelante y por ahora, respecto del pensamiento, no podemos tener sino una actitud escéptica.

El intento de Descartes

Como ya decíamos, hay en el inicio de los planteamientos de Descartes una suerte de escepticismo, postura que se deja ver en la "duda hiperbólica". Para nadie que guste de la filosofía son desconocidas las *Meditaciones Metafísicas*, donde su autor desde el primer capítulo impone la duda frente a cualquier afirmación, por verdadera que le haya parecido antes:

“...pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las demás cosas exteriores no son sino ilusiones y engaños de que [el genio maligno] hace uso, como cebos, para captar mi credulidad; me consideraré a mí mismo como sin manos, sin ojos, sin carne, sin sangre; creeré que sin tener sentidos, doy falsamente crédito a todas esas cosas; permaneceré obstinadamente adicto a ese pensamiento, y, si por tales medios no llego a poder conocer una verdad, por lo menos en mi mano está el suspender mi juicio.”⁹

Incluso, en esta misma cita, queda plasmada la herencia escéptica en los primeros pasos de las *Meditaciones*. En la última frase encontramos una alusión a la “suspensión del juicio”, postura promovida por los escépticos, que, según Sexto Empírico - prácticamente la única fuente directa del escepticismo de la que hoy se conservan escritos - consistía en una actitud desembarazada de cualquier preferencia o adhesión a alguna doctrina o creencia en particular. Frente a argumentos que resultaban ser falsos o injustificables, el escéptico optaba por abstenerse de tomar partido y, resignado ante la ausencia de verdadero conocimiento, suspendía sus juicios. Esto último es precisamente lo que Descartes establece en la cita de más arriba.

⁶ Hacemos hincapié en el adjetivo “radical”, porque creemos que, al final de *Realidad*, aun persiste un dejo de escepticismo, como quedará establecido en los capítulos siguientes de la presente investigación.

⁷ Sexto Empírico, 1993, p. 15.

⁸ *Ibid*, p. 119.

⁹ *Descartes, R., 2007, p. 124.*

Afortunadamente, el filósofo francés no se enfrascó en la aporía y descubrió premisas de gran valor para la filosofía, que le permitieron superar lo que inicialmente amenazaba con ser puro escepticismo¹⁰. Y es justamente en esas verdades que Descartes descubrió, donde vemos una posible salida al problema del pensamiento en Bradley.

Cuando René Descartes puso en duda lo que nos enseñaban los sentidos, estableció la primera barrera en el conocimiento; si de algo podremos obtener verdades acerca del mundo no será de los sentidos. Parecía pues, que sólo al pensamiento le correspondía dar repuesta al significado de nuestras ideas y por ende, de la comprensión del mundo. Pero ¿cómo saber que él era de fiar?, ¿cómo podríamos estar seguros de que, al igual que los sentidos, el pensamiento no era un engaño?

La paciente reflexión puso a Descartes en el punto exacto de un descubrimiento como pocos en el mundo intelectual; el *cogito*.

“No cabe duda alguna, pues, de que soy, puesto que [el genio maligno] me engaña y, por mucho que me engañe, nunca conseguirá hacer que yo no sea nada, mientras yo este pensando que soy algo. De suerte que, habiéndolo pensado bien y habiendo examinado cuidadosamente todo, hay que concluir por último y tener por constante que la proposición siguiente: “yo soy, yo existo”, es necesariamente verdadera, mientras la estoy pensando o concibiendo en mi espíritu.”¹¹

En el se verifica el pensamiento, pues ya en el sentimiento, en la imaginación o incluso en la misma duda, lo único cierto es que algo piensa. El *cogito*, al contrario de lo que se suele divulgar, venía a confirmar la existencia del pensamiento y no del yo¹². A partir de allí la reconstrucción de la realidad en el intelecto debe hacerse de acuerdo al criterio de que todo lo que sea aceptado como verdadero debe asemejarse al *cogito* en su claridad y distinción, ambos criterios de verdad en la filosofía de Descartes.

De esta forma, podemos considerar las ideas de Descartes como un punto de partida de lo que Bradley propone como la “reconstrucción del pensamiento”¹³. Claro que, por lo que más adelante señalaremos, diversos aspectos de la realidad considerados por Bradley quedan fuera de los márgenes que Descartes propone, pero sus ideas sirven igualmente como base para darle un curso más afortunado al pensamiento.

“Seguramente, el mundo es más rico que el orden y la medida a que Descartes lo reduce, pero, seguramente, también, es eso por lo menos. De lo más que en

¹⁰ Cuando nada cierto hay para ofrecer a la teoría, defendemos firmemente una postura escéptica, pues ya nos enseñó Sócrates que es mejor saber que se es ignorante, a creer que se sabe, cuando no es así. Sin embargo, si alguna verdad indubitable puede ser hallada, el escepticismo queda en segundo plano. Es en ese sentido que valoramos la superación de una actitud meramente escéptica en Descartes.

¹¹ *Ibid*, p. 128.

¹² Decimos que en el *cogito* se confirma la existencia del pensamiento y no del yo, pues nada hay que nos garantice que aquello que piensa en cada caso soy yo, y no el pensamiento mismo a solas. El *cogito*, entonces, no afirma ninguna existencia en particular, sino que afirma al pensamiento en su realidad. Debo estas ideas al profesor Menanteau.

¹³ Sobre esto, ver nota n°15.

*el mundo pueda ser, podemos discutir, y así nos ubicamos en la posteridad metafísica de Descartes.*¹⁴

Y es Bradley, precisamente, quien constituye esa posterioridad metafísica.

Verdades absolutas y verdades finitas

De acuerdo a los resultados de *Apariencia*, podemos obtener una primera afirmación definitiva. El examen de las doctrinas filosóficas que pretenden mostrar la realidad, nos ha mostrado que ellas son finalmente inconsistentes y autocontradictorias, y por lo tanto, resulta imposible para el pensamiento aceptar que ellas puedan dar cuenta de la Realidad. Y si ser inconsistente y autocontradictorio se contradice con la Realidad, esta deberá poseer, por lo menos, el carácter de la consistencia y la coherencia. Este es el primer hallazgo positivo respecto del conocimiento del mundo, y a partir de él, se abren los horizontes hacia una posible reconstrucción teórica de la Realidad.

Pero ¿qué hace que estos caracteres puedan ser aceptados?, ¿qué hay en ellos que los hace incuestionables a la luz de nuestro examen? La Realidad, aunque en su detalle pueda mostrárenos incomprensible, posee ciertos rasgos que son innegables; en ella las relaciones deben ser subsanadas y superadas, porque todo lo relacional es contradictorio; su naturaleza, para ser siquiera posible de pensarse, debe ser autoconsistente; y si lo plural, al representar lo diverso, pone en dificultades una comprensión del mundo, este último no podrá contener real diversidad, y por tanto, deberá necesariamente ser Uno y Absoluto. Si ninguna idea puede ser razonablemente opuesta a las señaladas, quedarán ellas como las únicas ideas posibles y, por tanto, como necesarias.

Descartes nos ha enseñado ya que para proceder en la búsqueda del intelecto debemos poseer un criterio “firme y seguro”. Y tal como él, Bradley, como señalábamos al comienzo, usó del principio de no contradicción para dar con estas inferencias. Es claro que la Realidad como tal escapa a nuestro conocimiento pues no podemos sino entenderla y expresarla mediante juicios, que ya de por sí son autocontradictorios, pero la inclusión del pensamiento y las demás apariencias en la realidad es necesaria, puesto que nada puede quedar fuera de ella si su carácter es omnincluyente y, aunque las apariencias sean autocontradictorias, son algo. Nada hay fuera del Absoluto o Realidad, por lo que cada apariencia, de alguna forma, deberá ser transformada de manera que pueda ser incorporada en la Realidad.

De esta forma, un conocimiento algo más amplio de la Realidad se hace posible, y su posibilidad se medirá por lo que de ella vamos aprendiendo: aquello que aspire a ser verdadero, deberá cumplir con los criterios de armonía interna o autoconsistencia e inclusividad, propios del Absoluto. Estos principios determinarán el grado de verdad que posee una apariencia, pues por contradictoria que sea, ninguna puede estar absolutamente errada; ella debe ser de tal manera transformada que resulte compatible con nuestra idea de Realidad, para poder incluirla en ella. En otras palabras, la verdad se medirá de acuerdo a la cantidad de elementos que quedan fuera de una apariencia y que sea necesario agregarle para que se asemeje a lo que entendemos por Realidad. En este sentido, algunas apariencias, al contener un interior más abarcante y armonioso (menos autodiscrepante), serán más inclusivas y por tanto, lo que es exterior a ellas será menor que en el caso de otras

¹⁴ Menanteau, R., 2010, p. 59.

apariencias que necesitan de más contenido exterior a su propia área para completarse, y que son por ende, menos verdaderas. Todo esto se enmarca en el plano anterior a la realización total de las apariencias y su conversión en Realidad.

“La reconstrucción del pensamiento[...] tiene lugar en dos etapas. La primera requiere que dejemos de pensar que el mundo consiste enteramente de objetos que poseen ciertas propiedades; que están en relación con otros objetos, pero que podrían tener otras propiedades, podrían estar relacionados de forma distinta con otros objetos y, a pesar de ello, permanecer los mismos[...] Pero naturalmente, una teoría que ve a todas las relaciones como internas no puede ser el punto final para Bradley, porque aún conserva las nociones de términos y relaciones[...] Bradley nos ofrece una reconstrucción todavía más alta, en la cual[...] la antigua inmediatez del sentimiento queda restituida, aunque a un nivel más alto. Esta condición oscura, que Bradley entiende por lo absoluto, es, como se ve claramente, la muerte del pensamiento, aunque también, según nos asegura, su consumación; y así no debe sorprendernos que no pueda ser descrita con precisión, ni siquiera de forma comprensible para el pensamiento tal como lo conocemos.”¹⁵

En esta etapa, que correspondería a la primera de las descritas por Wollheim, el todo se considera bajo relaciones, y los elementos que pertenecen a la totalidad deben formar parte de este entramado relacional. Mientras más elementos queden fuera de mi afirmación de la totalidad, menos verdad habrá en ella. Mientras más abarcante y armonioso sea el contenido de mi pensamiento, más verdadero será. Claro que, como hemos dicho, no es esta la dinámica propia de la Realidad, sino sólo un estadio inferior a partir del cual habrá que avanzar para superar el ámbito de las relaciones, si es que eso es posible para nuestro intelecto.

Todas estas verdades que, en mayor o menos grado, se aproximan un poco a lo que el Absoluto muy probablemente sea, corresponden a lo que Bradley llamó “verdades finitas”. Ellas carecen de contenido para ser completas y se dice entonces, que intelectualmente son deficientes. Por otra parte tenemos las “verdades absolutas”, aquellas que, en su aspecto intelectual son completas; nada en este sentido puede serles sumado, porque son perfectas para el ámbito teórico. Sin embargo, de acuerdo con Bradley, ellas tampoco constituirían una explicación satisfactoria de la Realidad, pues a pesar de que son completas para el intelecto, carecen de los demás aspectos de que consta la Realidad, tema que nos ocupará en el capítulo siguiente. Para este desarrollo posterior, acerca de los aspectos restantes del Absoluto, será importante tener presente la siguiente afirmación de Bradley respecto de las verdades absolutas o indubitables:

“Una cosa es real cuando y en la medida que su opuesto se muestra imposible. Pero en último término, su opuesto resulta imposible porque y en la medida en que la cosa es real; el monto de realidad que una cosa posee, determina la extensión en que su opuesto se hace inconcebible”¹⁶

En conclusión, para que una verdad exprese la Realidad debería no sólo ser perfecta, sino que debería también contener a todos los otros aspectos que no son intelectuales. Pero

¹⁵ Wollheim, R. A., 1958, pp. 26-29.

¹⁶ Bradley, F. H., 1961, pp. 240-241.

en ese mismo intento la verdad dejaría de ser tal y se convertiría en la Realidad, única portadora de todos los aspectos de la “experiencia”.

Los diversos aspectos de la experiencia

Bradley señala que la totalidad de la experiencia esta conformada por 5 aspectos: el sentimiento, el placer y el dolor, el aspecto teórico, la actitud estética, y el aspecto práctico (voluntad). Para efectos de la presente investigación, desarrollaremos sólo los puntos de mayor interés para nuestro tema. Nos centraremos en el aspecto teórico, el sentimiento y la voluntad¹⁷, por su rol preponderante en la teoría del Absoluto de Bradley.

El sentimiento

La principal fuente que Bradley tiene para afirmar el carácter general de la Realidad, como armoniosa y totoincluyente, es el sentimiento no articulado o *feeling*. Este último, junto con el principio de no contradicción, constituye uno de los fundamentos, según nuestro filósofo, para esbozar la estructura de la Realidad.

El sentimiento no articulado, es la experiencia más inmediata que tenemos de las cosas, donde hay diferencia, pero no diversidad. El pensamiento aún no ha entrado en juego y, por consiguiente, la Realidad conserva su unidad frente a nosotros. El mundo se nos presenta como uno solo, sin disecciones.

Lo que estas ideas intentan mostrar tiene bastante semejanza con lo que encontramos en el primer capítulo de la *Fenomenología del Espíritu*, de Hegel, acerca de la “certeza sensible”, donde también hay un tratamiento de la inmediatez del sentimiento, como etapa previa a toda distinción establecida por la percepción o el pensamiento. En este punto¹⁸ ambos autores pueden ser comparados, nos parece, sin mayores reservas.

Decíamos entonces, que el sentimiento es la inmediatez de la experiencia. Esa captación inicial de las cosas, donde todo está unido, nos permite apoyar la idea de que en el Absoluto todo se encuentra en real unidad, al contrario de lo que el pensamiento relacional nos muestra. Podemos creer que eso que vimos pasar frente a nosotros era la Realidad aun no comprendida.

¹⁷ Para el lector interesado en conocer el rol de los demás aspectos de la experiencia en la filosofía de Bradley, recomendamos principalmente la lectura del capítulo *El Absoluto y sus apariencias* de *Apariencia y Realidad* fundamentalmente entre las páginas 178 a la 184. Allí podrá encontrar el detalle de la forma en que cada uno de estos aspectos se manifiesta y como es que ninguno puede ser subordinado ni reemplazado por otro en sus funciones específicas.

¹⁸ Es importante recalcar que no adherimos a la difundida creencia de que Bradley es hegeliano o neo-hegeliano. Hay una amplia gama de conceptos que se dan en ambos autores y eso es innegable. Tampoco se puede desconocer que Bradley estaba muy al corriente de lo que Hegel escribió, y que, evidentemente, hay un entramado general que en apariencia es bastante similar. Sin embargo creemos que esas semejanzas son, salvo en ciertos puntos específicos, superficiales y que establecer algo así como una continuidad de Hegel en Bradley es un craso error. El punto central, sin ir más lejos, esta en el principio de no contradicción, del cual ambos autores tienen una idea muy diferente. Allí donde uno de ellos avanza de la mano de la contradicción, el otro la rechaza e intenta buscar otro camino.

Desde esta perspectiva, el problema de las relaciones reaparece dándole sentido a la idea anterior: estaríamos frente a una captación de la Realidad en tres etapas: la primera, constituida por el sentimiento y por tanto, infra-relacional; la segunda donde el pensamiento ha quebrado la unidad inicial, que correspondería obviamente a la etapa relacional; y una tercera y última fase, supra-relacional, donde se experimenta el Absoluto desde todos los aspectos de la experiencia, simultáneamente. El punto es que un conocimiento como este último es imposible, y lo que captamos en el sentimiento es tan volátil que es imposible fundar un conocimiento sobre su base. Además, esto es impracticable, porque una experiencia como el sentimiento no puede ser expresada por el pensamiento sin perder su carácter original y transformarse en otra cosa.

Por tanto, una teoría del conocimiento no puede encontrar su origen en este aspecto de la experiencia, pues nada podría decir sin transformar aquello que en el sentimiento pudo haber sido cierto, y que al enunciarlo podría perder su verdad.

La voluntad

Muchos pensadores han creído ver en este aspecto la solución a varias cuestiones, entre ellas, el problema de la comprensión del mundo. Podría parecer que en torno a la cuestión presente, el único camino cierto es el de la voluntad, que une al sentimiento y el pensamiento en un sólo aspecto: el aspecto práctico.

“Si es que tenemos la certeza en alguna parte, esto parece obvio, tenemos la certeza en el sentimiento. Todo lo demás podrá ponerse en duda, pero al menos sabemos lo que sentimos. Y es por ello que algunas personas la volición parece especialmente darnos verdades indubitables, pues la volición es obviamente sentida. Y parece monstruoso, cuando buscamos la verdad, dejar atrás la certeza. Pero lo que es a menudo olvidado aquí es que la certeza pertenece al sentimiento solamente en tanto aquella es realmente sentida. Traducir esta certeza a ideas en forma no modificada parece imposible...”¹⁹

En él - se diría - el mundo es captado en sus ámbitos principales, en una experiencia que abarca tanto su idealidad como su existencia.

Sobre esto último debemos dar una pequeña explicación antes de continuar. El pensamiento, tal como lo concibe Bradley, y como ya hemos dicho más arriba, consiste en una separación o diversificación de los elementos que en la Realidad (y en el sentimiento) se encontraban unidos. A estos aspectos Bradley los denomina el “qué” y el “esto”, el *quid* y el *quod*, donde el primero representa el contenido de la cosa, sus cualidades, y el “esto” refiere a la existencia, algo así como el sujeto real al que se le atribuyen aquellas cualidades. Estos dos aspectos se encuentran unidos e indiferenciados en la Realidad, se co-pertenecen y no pueden ser separados sin perder el significado de la Realidad como tal. El pensamiento, que no puede ser sino relacional, separa estos dos aspectos y no logra hacer que el “qué” que expresa se corresponda con el “esto”. Esta teoría asume que la cosa es distinta de la idea que tenemos de ella, algo que se afirma de una u otra forma, a lo largo de todo el ensayo metafísico. Cuál sea su validez última es algo que intentaremos determinar hacia el final de nuestra investigación.

¹⁹ Bradley, F. H., 1990, p. 23.

Establecida la distinción anterior podemos avanzar un poco más en nuestro asunto.

El sentimiento no articulado posee la unidad de ambos aspectos, del “qué” y el “esto”, pero sin una comprensión de ellos, por lo que a la vez que verdadero, el sentimiento es demasiado vacío para ser considerado como la Realidad.

Respecto de la voluntad, ella estaría más bien del lado del “esto”, aunque implica en su desarrollo un aspecto ideal que incorpora al “qué”. Desarrollemos esto un poco. La voluntad, por medio del deseo, implica un sentimiento. Pero ella no es sólo el deseo como mero sentimiento, sino que establece a este último en los márgenes de la idealidad. Hay una idea que se quiere llevar a la existencia; eso es la voluntad. De esta forma, pareciera ella el tránsito perfecto que permite unificar la existencia contenida en el sentimiento - el “esto” -, con el contenido propio de la idealidad - el “qué” -, constituyéndose como el elemento necesario para restaurar la unidad real del sentimiento, agregándole la comprensión de que este carece.

Sin embargo, la voluntad para realizarse, requiere la completa satisfacción de su deseo, de su querer y “Nada puede satisfacer sino la completa unión de la armonía y la extensión.”²⁰

y lograr esto último implica la destrucción de la voluntad en algo que la supera con creces. La voluntad, entonces, o se queda en la imperfección de su deseo, para permanecer ella misma, o alcanza su objeto y se mutila en el intento.

Lo dicho hasta aquí respecto de la voluntad y el sentimiento, corresponde fielmente a lo que Bradley refiere en su texto. La razón de porque la voluntad es insuficiente como para representar a la totalidad de la Realidad, es la que desarrollamos en el párrafo anterior. Sin embargo, aunque nos parece una buena explicación, debemos separarnos en este punto de nuestro autor.

La concepción de voluntad que Bradley ofrece nos parece errada, en el sentido de que no vemos la pretendida independencia de ésta respecto del sentimiento y el intelecto. En cuanto a sus deseos, nos parece ella una mera manifestación ideal del sentimiento. La voluntad, claro, desea llevar a la realidad sus deseos que surgen en la idealidad, a la inversa de lo que ocurre con cualquier otro sentimiento que nace de la inmediatez y luego, para ser expresado, el pensamiento lo transforma en idea. Sin embargo la inversión en el orden sólo nos habla de que la voluntad es fundamentalmente ideal; ella surge como una distinción, a diferencia del sentimiento, el placer y el dolor, que conservan la unidad de la inmediatez. Es así que no vemos como es que la voluntad posee un reino distinguible del pensamiento. Creemos que sus rasgos distintivos se conservan en ella, pero que ella misma en su totalidad se supedita al aspecto teórico.

En este sentido la voluntad no sólo es insuficiente para satisfacer la totalidad de la Realidad en su unilateralidad por los argumentos que Bradley señala, sino que también porque, aún en el caso contrario, es decir, si la voluntad pudiera considerarse como el aspecto que abarca toda la experiencia y por ende, la Realidad, lo que tendríamos sería una exaltación del aspecto teórico, del que ella es sólo un matiz. Querer, en tanto ideal, está al mismo nivel de dudar, creer, imaginar, y, en general, de cualquier faceta del pensamiento que al margen de sus detalles, se subsume al dominio del pensamiento.

Es así que la discusión queda para nosotros en este plano: o el sentimiento, o el pensamiento, o ambos a la vez. Habiendo ya adelantado algo sobre el sentimiento, veamos lo que la teoría nos puede ofrecer.

²⁰ Bradley, F. H., 1961, p. 185.

El aspecto teórico

Bastante hemos dicho ya sobre el pensamiento. Que el separa la Realidad en dos aspectos, el “qué” y el “esto”, es algo que Bradley señala en múltiples pasajes. El carácter relacional del pensamiento es ya indiscutible, y si queremos encontrar la forma de concebir la Realidad a través de este aspecto, tendremos que hacerlo admitiendo que el pensamiento encierra la autocontradicción en su forma original.

A partir de este carácter autocontradictorio del pensamiento, Bradley infiere que la Realidad debe ser más que eso, pues de ser interior al pensamiento, tendríamos que asumir que aquella es contradictoria, y, por lo poco que sabemos, esto es imposible. De ahí que nuestro autor postule que hay algo “otro”; unos aspectos independientes del pensamiento, que, unidos a él en la Realidad, hacen posible que esta sea algo mejor que autocontradictoria.

Cuando hablábamos de verdades finitas y absolutas, decíamos de estas últimas que son intelectualmente completas, pero que, al carecer de los demás aspectos de la Realidad, no pueden portar el significado de ésta. Es por ello que las verdades absolutas sólo serán tales si se las considera en el ámbito del pensamiento, pero para efectos de la Realidad, ellas deberán ser transformadas, y para cuando sean absolutas, ya no lo serán en tanto que verdades, sino siendo la Realidad misma, donde aquellas ya habrán perdido la forma independiente que pretendían tener.

Ahora bien, aunque insuficientes, las verdades absolutas son lo máximo a lo que el aspecto teórico puede aspirar, y fuera de él nada puede ser dicho. Si lo aquí nos proponemos descubrir el fundamento de una teoría del conocimiento, sólo será posible establecerla en los límites del pensamiento, pues hablar de un conocimiento que se exprese en términos del sentimiento o de la voluntad, no parece tener ningún sentido. Es evidente que algo permanece en la ignorancia en una teoría del conocimiento tal, pero incluso de esta ignorancia tenemos sólo noticia por lo que nos enseña el pensamiento.

Conclusiones

El “qué” como única posibilidad de conocimiento finito

Si sólo consideramos el aspecto intelectual para establecer una teoría del conocimiento, los presuntos aspectos restantes de nuestro ser no serán incluidos y, por tanto, el conocimiento que obtengamos no será más que parcial y, según Bradley, “La explicación parcial implica de hecho una falsa pretensión de conocimiento”²¹. Esto es correcto y no pretendemos de ninguna manera obviarlo. Sin embargo esta sentencia de Bradley no se aplica a lo que aquí proponemos.

Las teorías de que hablábamos en el inicio de esta investigación, tienen la pretensión de dar una explicación acabada del mundo, y creen haber dado con la forma exacta de explicar la Realidad. Al contrario de aquellas - a las que si cabe hacerles la crítica del párrafo anterior -, la teoría del conocimiento que aquí defendemos es una donde se está consciente de que ciertos aspectos quedarán fuera, pero que sin embargo, nada más se puede hacer que aceptar lo poco que podemos saber, en conocimiento de que el detalle de la Realidad quedará fuera. No se encerrará por tanto, en su parcialidad, sino que la teoría considerará también que con toda probabilidad hay algo que ella no puede abarcar.

Tal como Bradley señaló hacia el final de *Realidad*, “La verdad es la totalidad del mundo en un aspecto, un aspecto supremo en filosofía y, sin embargo, consciente asimismo de su propio defecto.”²². Insistimos en que esto es sólo parcial, pero siempre que estemos conscientes de ello, la alternativa será mejor que retroceder al mero sentimiento, o aspirar a la inalcanzable explicación de la Realidad como tal. Lo primero no tiene sentido, y lo segundo implica una destrucción de lo único seguro que tenemos: el pensamiento²³, y “nuestro principio[...] consiste, en su esencia, en rehusar un sitio a la ignorancia en el ámbito del conocimiento.”²⁴

La existencia del pensamiento, que ya habría sido afirmada siglos antes por Descartes, es la única de las experiencias que podemos afirmar con seguridad. El sentimiento es tan volátil que ni siquiera nos parece seguro que, así como Bradley lo ha descrito, exista. Y la voluntad por su parte, es una fase más, como ya decíamos, del pensamiento.

Pero esta teoría del conocimiento que buscamos, por lo que hemos visto, no podrá dar cuenta de el detalle de la Realidad, ni de cómo cada apariencia se transforme dentro de

²¹ Ibid, p. 187.

²² Ibid, p. 248.

²³ A diferencia de Bradley, siguiendo a Descartes, pensamos que lo que con más certeza tenemos es el pensamiento. Es de él de quien tenemos una experiencia confirmada. Bradley plantea que la experiencia más directa está en el sentimiento, sin embargo, no encontramos en *Apariencia y Realidad* argumentos suficientemente fuertes como para probar la existencia de dicho sentimiento no articulado y mucho menos, ejemplos de su experiencia directa, como si abundan respecto del pensamiento.

²⁴ Ibid, p. 222.

ella. Lo que podremos decir será sólo de carácter general, como los primeros principios que Bradley encontró en torno a el Absoluto. El pensamiento sólo puede acceder al “qué” de las cosas, a su contenido, y por tanto, una teoría del conocimiento fundada en el podrá ser sólo de tipo proposicional, pues el conocimiento directo de los sentidos estará fuera del plano que manejamos, y el conocer el “cómo” no será posible tampoco para los límites del pensamiento. “Lo que en verdad importa es el “qué” o idea. Hacemos de la necesidad²⁵ virtud, pues ideas es lo único que encontramos en el pensamiento”

Sólo en este marco será posible construir una teoría del conocimiento. Ella podrá señalar lo que es más o menos verdadero, no obstante desconocer cómo se dé aquello en la Realidad. Por lo que hasta aquí sabemos, sólo en el “qué” encontramos una verdadera posibilidad de conocimiento, y todo otro intento es vano. Las ideas que nos ofrezca el pensamiento...

“[...] permanecerán como los mejores medios que poseemos de aproximarnos a la verdad o de desligarnos, si usted lo prefiere, del extremo mayor del error. Ellas no son al final verdaderas, pero son lejanamente más verdaderas que lo que se nos ofrece en su lugar”²⁶

Defensa de una teoría del conocimiento idealista

En nuestras últimas afirmaciones, la adhesión al pensamiento de Bradley se ha ido tornando más estrecha. Sus planteamientos están a la base de lo que aquí pretendemos establecer y por la misma razón es necesaria una revisión de los postulados de nuestro filósofo, para saber que tanto podemos apoyar nuestras ideas en las suyas, y en que punto tendremos que tomar otro camino.

Hemos visto que respecto de ciertos aspectos debemos establecer cierta distancia con las ideas de Bradley. Originalmente, nos ha parecido que el concepto de voluntad que el maneja no se ajusta a lo que con seguridad podemos afirmar, sino que rebasa en cierta medida esos límites. De ahí en adelante los caminos se tornan un tanto diferentes. Si la voluntad se supedita al pensamiento, el “esto” al que ella refiere, estará de alguna forma, referido en el pensamiento. La forma en que ello ocurra no está a nuestro alcance describirla, pues nuestro conocimiento hasta este punto es muy básico y aventurarnos a dar respuesta a ese detalle sería ambicioso. Sin embargo, el sólo hecho de suponer una cierta representación del “esto” en el pensamiento, nos hace pensar que él es un poco más de lo que pensábamos.

Si la voluntad, que es parte de él, refiere al “esto”, el pensamiento poseerá no sólo el “qué”, sino que, al menos en parte, el “esto”, de manera que no podemos ya decir con Bradley, que hay una completa oposición entre la cosa y la idea que tenemos de ella. Si hay alguna diferencia entre uno y otro es algo que no podemos postular con seguridad, pues, de haber una experiencia mayor en la que las cosas se den tal como son, no podremos decir mucho de ello. Parafraseando la cita del profesor Menanteau respecto de la filosofía de Descartes, el pensamiento tal vez no es todo lo que existe, pero es de lo único que

²⁵ Menanteau, R., 1970, p. 36.

²⁶ **Bradley, F. H., 1990, p. 30.**

tenemos noticia segura, y dar cuenta de aquello que no conocemos es precisamente lo que se quiere eliminar en la teoría del conocimiento que defendemos.

En este sentido, si nada fuera del pensamiento podemos afirmar si no es con supuestos; si lo único de lo que tenemos experiencia directa es del ámbito mental, sólo una teoría del conocimiento idealista podrá ser apoyada. El idealismo, según el cual todo es mental, permanece dentro de los márgenes de la verdad, sin aventurarse a hacer declaraciones respecto de lo que no conoce.

El problema del idealismo, creemos, no es postular la realidad de la mente y sus contenidos, sino que creer que con seguridad eso es todo lo que constituye la Realidad. El idealismo está en lo cierto en tanto que afirma los contenidos de la mente, pero va más allá de sus límites cuando asegura que nada más hay fuera. Sólo podemos afirmar que nada de lo que conocemos está fuera del ámbito mental, pero eso no significa necesariamente que fuera de ese ámbito nada existe. Claro que hablar de cosas fuera de la mente es (sin ánimo de abusar de la expresión) un “simple desatino verbal”, pero esa limitación nuestra no es razón suficiente para negar toda otra existencia aparte de la que hemos experimentado, aunque aquella no pueda ser afirmada sino transformándola en algo conocido. Dicho de otra forma, el que sea imposible “demostrar” que haya cosas que no están en la mente - porque en la misma demostración se reafirmaría la tesis idealista - no quiere decir que necesariamente no las haya.

Un idealismo consciente de sus limitaciones, de la naturaleza del pensamiento se constituye, a nuestro juicio, como la mejor alternativa posible en filosofía. Y el propio Bradley, en un escrito más maduro, apoya esta misma postura:

“A la entrada de la filosofía parece haber un punto donde los caminos se dividen. por uno de ellos usted sale a buscar la verdad en ideas, a encontrar una tal expresión ideal de la realidad que se satisface a sí misma[...] Sus juicios respecto a la realidad son aquí ni más ni menos que lo que usted ha expresado en ellos, y ninguna apelación a algo distinto que usted es incapaz de hacer explícito es permitido.[...] Yo concibo que este es el camino de la filosofía, de cualquier filosofía que busca ser consistente. No es el camino de la vida ni del conocimiento común[...] El camino de la vida comienza de y al final descansa sobre la dependencia, sobre el sentimiento, sobre aquello que al final no puede ser expuesto inteligiblemente”²⁷

En el idealismo está entonces la posibilidad de conocer lo que del mundo pueda ser conocido. Y, aunque Bradley se opondría quizás a esta conclusión general, sus ideas permiten una reflexión como ésta y, por tanto, creemos que no hay oposición en el sostener tanto sus planteamientos como los nuestros. Más aún, encontramos en el último capítulo de su libro (*Dudas últimas*), el resumen de las consideraciones más importantes alcanzadas hasta ese punto, las que vienen a confirmar la posición que otorgamos aquí al idealismo. Las ideas fundamentales que allí aparecen son:

- “Es imposible abandonarse consistentemente a una duda última.”[...] - “Toda posibilidad afirmada debe poseer algún significado.”[...] - “Esta idea [real a que nos enfrenta una posibilidad] debe no ser autocontradictoria.”[...] - “Es radicalmente imposible dudar cuando no se tiene sino una idea.”[...] - “Cuando tenemos una idea y no podemos dudar, debemos afirmar.”[...] - “La esencia de

²⁷ *Ibid*, pp. 20-22.

nuestro principio consiste en rehusar un sitio a la ignorancia como una razón para juzgar el conocimiento incompleto.”[...] - “El universo en su diversidad se ha mostrado inexplicable. Nuestro sistema en todos sus detalles es incompleto.”[...] - “Incluso en un mundo incompleto, como este mundo que aparece en nuestro conocimiento, el defecto y la ignorancia son parciales. No se aplican a todo rasgo²⁸ sino que hay puntos en los cuales no existe ninguna idea legítima de un Otro.”

El pensamiento de Bradley, aunque no fuese su pretensión, pone al idealismo en lo más alto de la filosofía, y le entrega a esta corriente la tarea de explicar el Absoluto, aunque sólo pueda tener de él un conocimiento proposicional. Lo que en un principio daba ínfulas al escepticismo, término por sentar las bases de un idealismo.

Ni Bradley, ni mucho menos nosotros, hemos podido hallar grandes detalles de lo que sea la Realidad, pero al no haber otra alternativa, tal como aparece en la cita anterior, es imposible dudar y así, resulta seguro que...

“Fuera del espíritu no hay, ni puede haber, realidad alguna; y mientras más²⁹ espiritual es una cosa, tanto más es verdaderamente real.”

²⁸ Bradley, F. H., 1961, pp. 221-225.

²⁹ Ibid, p. 251.

Bibliografía

- Bradley, F. H. *Apariencia y Realidad*. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1961. 2vol.
- Bradley, F. H. *Coherencia y Contradicción*. Santiago, Publicaciones Especiales de la Universidad de Chile, 1990. 41p. (Serie Traducciones).
- Descartes, R. *Meditaciones Metafísicas*. 42ª ed. Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2007. 189p.
- Menanteau, R. *La Lógica y la Esperanza*. Tesis (Licenciatura en Filosofía, mención en Filosofía). Valdivia, Chile. Universidad Austral de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1970. 111h.
- Menanteau, R. *El Idealismo Filosófico*. Santiago, Editorial Universitaria, 1979. 67p. (Fascículos para la comprensión de la ciencia, las humanidades y la tecnología).
- Menanteau, R. *Filosofía, Últimas Lecciones*. Santiago, 2010. 129p.
- Ramos, R., *Introducción al pensamiento de Francis Herbert Bradley*. Tesis (Licenciatura en Filosofía). Santiago, Chile. Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 2003. 78h.
- Ross, R. G. *Scepticism and Dogma* [en línea]. New York, E.E.U.U. <<http://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc1.b3623022>> [consulta: 09 enero 2011].
- Sexto Empírico. *Esbozos Pirrónicos*. Madrid, Editorial Gredos, 1993. 348p.
- Wollheim, R. A. F.H. Bradley. En su: *La Revolución en Filosofía*. Madrid, Revista de Occidente, 1958. 17p.